

JIMÉNEZ PABLO, Esther, *La forja de una identidad. La Compañía de Jesús (1540-1640)*, Madrid, Polifemo, Colección *La Corte en Europa*, 2014, 480 págs.

De todas las órdenes religiosas nacidas en la Edad Moderna, seguramente ninguna ha alcanzado a superar a la Compañía de Jesús en lo que a poder de fascinación sobre el imaginario colectivo se refiere. Tanto durante los siglos modernos, como aún a día de hoy, me atrevo a afirmar. Ríos de tinta han corrido desde su nacimiento en la década de 1540 —surgidos de la pluma de sus muchos partidarios y detractores y por parte de la historiografía— tratando de analizar su carisma fundacional; su particular *modo de proceder*; su predominio ideológico sobre la sociedad de la Europa católica a partir del decisivo papel educativo jugado por sus colegios; sus conexiones con el poder político, establecidas de modo formidable mediante una novedosa dirección espiritual; o el protagonismo de sus teólogos, pensadores y misioneros. Ahora bien, ¿cómo se gestó ese carácter tan especial de la Compañía que la dotó de tamaño atractivo? ¿Fue siempre el mismo o evolucionó en los primeros años de existencia de la Orden?

Esther Jiménez Pablo, precisamente, trata de dar respuesta a estos y otros interrogantes en *La forja de una identidad. La Compañía de Jesús (1540-1640)*. El volumen que nos ocupa —fruto de su tesis doctoral, dirigida por un especialista del prestigio de José Martínez Millán— ha sido publicado en Polifemo, editorial de referencia en la que ven la luz los estudios que se incardinan —como el que nos ocupa— en el prolífico y cada vez más consolidado y reconocido IULCE (Instituto Universitario *La Corte en Europa*). El resultado es una magnífica monografía que, como primer punto fuerte a destacar, se caracteriza por la abundancia de fuentes primarias sobre las que se fundamenta. Una amplísima documentación que procede de la investigación en el Archivo Romano de la Compañía de Jesús, en el General de Simancas, en el Histórico Nacional de Madrid o en el Secreto Vaticano, entre muchos otros; y en bibliotecas tan importantes como las Nacionales de Madrid y Roma o la British Library de Londres.

El libro que nos ocupa se estructura mediante seis grandes capítulos en los que su autora va recorriendo, desde sus inicios, el proceso que dotó de su peculiar *identidad* a la Orden ignaciana durante su primer siglo de andadura. En el primero, realiza una excelente contextualización de los cambios ideológico—políticos que configuraron una gran realidad hegemónica de la Europa del siglo XVI: la Monarquía Hispánica; presta atención a la efervescencia del Humanismo renacentista; y nos sitúa ante ese ansia de reforma religiosa tan extendido en la Castilla de la primera mitad del Quinientos. Precisamente, el universo político, cultural y espiritual en el que eclosionaron las nuevas ideas de Ignacio de Loyola. En este sentido, Jiménez Pablo nos muestra cómo las inquietudes religiosas del futuro santo se desarrollaron en el marco de un difícil equilibrio entre sus aspiraciones de reforma y el cada vez más asfixiantemente clima inquisitorial que comenzaba a dominar sobre los reinos ibéricos. Un contexto extremadamente

complejo en el que Ignacio, más que un renovador, podía correr incluso el riesgo de ser percibido como sospechoso de herejía y alumbradismo.

El segundo capítulo aborda una hipótesis sobre la que mucho se ha hablado y se seguirá debatiendo: que fueran la espiritualidad en boga en la Corte de Lisboa y la actitud favorable de personajes del entorno de Carlos V como su hija, la princesa Juana; su poderoso secretario, Fernando de los Cobos; y, algo más tarde, el príncipe de Éboli— las que posibilitaron la primera expansión de la Compañía de Jesús en la Península Ibérica. Dicha expansión, además, contó con el beneplácito papal, deseoso de *resucitar* el liderazgo religioso de Roma, puesto en entredicho debido al auge de la Reforma y las guerras de Italia.

Jiménez Pablo dedica su tercer capítulo a la influencia de los movimientos italianos de reforma católica sobre el instituto ignaciano. Caso, sin ir más lejos, de los oratorianos de Felipe Neri o de la espiritualidad de Carlos Borromeo, arzobispo de Milán. Movimientos auspiciados, una vez más, desde un papado que veía con creciente descontento el carácter marcadamente hispánico ostentado por los primeros jesuitas. Precisamente, el surgimiento de un importante grupo crítico de jesuitas italianos, apoyados por Gregorio XIII, culminó con la postergación —o exclusión, si se prefiere— de los españoles del gobierno de la Compañía tras la elección de Everardo Mercuriano como general en 1573. En los años sucesivos, la Compañía fue mutando hacia posiciones mucho más centradas en la predicación y la educación. Pero, constreñida cada vez más entre grupos con intereses contrapuestos empeñados en controlarla —jesuitas españoles contra los de otras procedencias, *ebolistas vs castellanos* en la Corte hispánica, Felipe II frente al papado— la Orden se encontró en una encrucijada que la situó incluso al borde de la fractura interna, cuestión a la que la autora dedica el cuarto capítulo de su estudio.

El quinto capítulo aborda la situación de la Compañía en el reinado de Felipe III una vez superadas, durante el generalato de Claudio Acquaviva, las peligrosas tensiones a las que se ha aludido. Una época, pese a todo, marcada por un nuevo enfrentamiento político: el protagonizado por la camarilla jesuítica de la reina Margarita de Austria enfrentada al entorno, igualmente jesuítico, del duque de Lerma. La sexta y última parte del estudio, para finalizar, analiza la definitiva transformación de la Compañía en una orden religiosa *romana* y *papal* responsable de la gestación de una *Pietas Austriaca* —simbolizada por el emperador Fernando II y centrada, entre otras cosas, en la adoración de la Presencia Real Eucarística— cuyos paradigmas los jesuitas se esforzaban en hacer seguir a Felipe IV.

Creo que en el libro hubieran sido de agradecer unas conclusiones finales que sistematizaran tan complejo recorrido por la evolución del carácter de la Compañía de Jesús. Pero lo cierto es que, en su obra, Esther Jiménez Pablo demuestra sobradamente y con solvencia —al menos en mi opinión— el cambio de paradigma que se operó en la identidad de la Compañía de Jesús durante

sus primeros cien años de existencia. Una auténtica *reinención* que transformó su identidad original, fuertemente hispánica, en otra marcadamente universal y *romana*. Dicha mutación, como no podía ser menos, nunca estuvo exenta de problemas, pausas e intentos de reversión. Dificultades motivadas casi siempre por fuerzas externas a la Compañía: el papa y el rey Católico, el juego de las facciones cortesanas o el auge de nuevas corrientes espirituales. Pero que también dividieron a los jesuitas entre seguidores y adversarios de una u otra forma de entender la Orden religiosa a la que pertenecían.

Es cierto que el panorama político y su problemática en lo que concierne a la Compañía de Jesús ya había sido abundantemente estudiado con anterioridad por autores como Antonio Astrain, Ricardo García Cárcel, Robert Bireley, Julián J. Lozano Navarro o Michela Catto, por citar tan sólo a algunos estudiosos clásicos y a otros más recientes. La gran virtud de la obra de Jiménez Pablo, sin embargo, estriba en su interesantísima apertura —desde la fortaleza de su uso de las fuentes documentales y de la amplísima bibliografía utilizada— a la decisiva influencia de las nuevas corrientes espirituales en dicho cambio. Y, sobre todo, al hecho de situar el foco sobre el constante protagonismo del papa y las instituciones romanas, que se esforzaron por modelar una Compañía de Jesús a la medida de sus intereses. No sólo políticos, sino también doctrinales. Para, durante el proceso, intentar atraer hacia sus postulados a la gran potencia hegemónica del momento: en un primer momento la Monarquía hispánica de Felipe II; y, más adelante, la constituida por la unión de las dos ramas de la Casa de Austria. Si al interés puramente científico del estudio se une una redacción que brilla por lo depurado, nos encontramos ante una obra de consulta obligada para todos aquéllos que estudiamos a la Compañía de Jesús. Y, por qué no decirlo, su amenidad, ritmo y estilo hacen su lectura altamente recomendable para todo el que esté interesado en una cuestión siempre tan atrayente y sugestiva como la historia de los jesuitas durante la era de la Contrarreforma.

*Julián J. Lozano Navarro*